

Tal como somos

Recuerdan aquella película de Robert Redford y Barbra Streisand, «Tal como éramos»? Recogía la historia de una pareja, ella activista de todas las causas utópicas, humanísticas, solidarias y medioambientales, y él aspirante a triunfador en todos los campos de la realidad, profesional, económica y social. Se reencontraban al cabo de los años e intentaban nuevamente alcanzar la coincidencia. Y se abrazaban con ternura y desconsuelo porque se amaban a rabiar pero seguían los dos agarrados a sus propias convicciones, su manera de enfocar la vida, sus luchas personales. Al final acababan aceptando con tristeza que sus respectivas trayectorias siempre serían incompatibles e irreconciliables.

Algo parecido me pasa a mí con esta tierra. La quiero de verdad, y hasta creo que al cabo de casi cuarenta años de arrimar el hombro, aquí ella también me tiene algo de ley, pero sé que nunca podremos llegar a un entendimiento total: barajamos conceptos dispares. Nuestras prioridades no andan parejas. Lo pensaba estos últimos días hojeando la prensa, que es la mejor forma de tomarle el pulso a cualquier sociedad humana. Pude leer, como ustedes, que estamos a la cola en terrenos protegidos, un 5% apenas; que se han dejado sin cubrir el ochenta y no sé cuántos por ciento de puestos médicos en la costa con



ÁNGELES CÁCERES

lo de las vacaciones; que este año los barracones escolares se van a multiplicar; que una mujer de 40 años enferma de obesidad mórbida a la que han avisado que o se opera o se muere, anda cual pelota de ping-pong de hospital en hospital y todos se la sacan de encima; que en Altea se ha aprobado la urbanización de un cauce de río con los votos en solitario del PP; que hay ambulancias aparcadas porque no se ha sustituido el personal que está de vacaciones. Etcétera. Y al lado las noticias que realmente importan: que Terra Mítica va a empezar a ir como la misma seda y lo pasao, pasao (que dicen en Villena al llegar fiestas); que en el puente de agosto hemos colgado el «completo», lo que confirma que no hay quien nos eche la pata alante y el que diga lo contrario es un malnacido y un agitador. Etcétera también.

Pero la triste convicción de mi incompatibilidad de caracteres con esta mi segunda tierra me ha llegado en directo, amablemente proporcionada por un respetabilísimo prohombre provincial que, compa-

decido de mi cortedad de miras y mi obcecada cerrilidad en determinados temas, el agua sin ir más lejos, me ha brindado la oportunidad de conocer de primera mano, llevándome a sus campos, la otra vertiente del asunto, o sea: que lo que la provincia necesita mayormente son urbanizaciones y campos de golf, y que la mejor ubicación que se les puede dar es en tierras de regadío porque estadísticamente se ha demostrado que los chalés, las piscinas privadas y los «greens» de alto estanding consumen muchísima agua, dónde va a parar, que los bancales de alcaciles, carlotas, lechugas o lo que sea. Y que la recalificación de tropecientas hectáreas de regadío para edificar se compensa fácilmente comprando o arrendando tierras en Aragón o en algún campo de Castilla cercano a río, para seguir plantando allí verduras «alicantinas» mientras aquí se levanta un emporio de ladrillo donde antes se irguieron los tallos de ajos y pimientos. Lo que se le pasó por alto (pienso yo) es que el agricultor de a pie no tiene posibles para irse a plantar en las orillas mañas del Ebro; y también que si con el agua de regadío se piensa urbanizar, lo de recibo sería reconocerlo así a la hora de ir a reclamarla en Los Madriles, en vez de poner a parir a la Narbona y a Zapatero por no trasvasarnos agua de los embalses de cabecera (actualmente bajo



ELISA MARTÍNEZ

mínimos, por cierto). Se esforzó el buen señor en convencerme de que «lo importante es decidir qué modelo de progreso queremos», y «actuar de acuerdo con lo que los tiempos piden, y ahora piden golf y turismo». Y también en explicarme que cuando un terreno se recalifica, lo que se haga después en él queda inscrito por completo dentro de la legalidad. Pues mire usted, yo eso ya lo sabía. Lo que pasa es que lo legal y lo justo no siempre van unidos. Y ahí es precisamente en lo que servidora (y algunos más) no coincidimos con la mayoría de pro-

hombres alicantinos: en lo que debe ser el progreso de la provincia. Algunos (probablemente utópicos) desearíamos un progreso sostenible, armónico, equilibrado, respetuoso con el medio ambiente y orientado a defender más los intereses generales que los particulares y privados. Supongo que por eso he puesto el título que he puesto: tal como somos. Ustedes y nosotros, digo. Porque está claro que nos pasa lo que al Redford y la Streisand: que por más que lo intentemos nunca podremos llegar a estar de acuerdo, cachis en la mar. □

Áfica se desangra desde hace tiempo. Y en lugar de curar las heridas tratando de aplicar la adecuada medicación, sólo nos preocupa tener bien lejos la molesta sangre para no tener que tomar conciencia de la magnitud del drama. Hambrunas, pandemias, catástrofes, interminables guerras han acabado por ser el escenario de un continente que vive en permanente tragedia. Y por si fuera poco, todo África se aleja de unas corrientes globalizadoras demandantes de inversión, tecnología, conocimiento, información y consumo. De forma que sus habitantes sólo pueden malvivir entre esa pobreza que mata, consumidos por la deuda externa y las políticas neoliberales, socorridos por una caridad internacional que por cada dólar que da como ayuda, cobra dos en concepto de deuda. Y por si fuera poco, el endurecimiento de las políticas migratorias que todos los países occidentales han desplegado ha llevado a encerrar literalmente a los africanos en sus países, para que se consuman mejor en su propia salva.

Lo llamativo es que haya todavía quien se asombre de ver cómo la gente arriesga su vida por salir de ese infierno. Lo hicieron primero a través de pateras, después saltando las alambradas de Ceuta y Melilla, y ahora arrojándose al mar en una navegación tan incierta como desesperada para llegar a las costas canarias. Y lo harán mañana de cual-

África se desangra



CARLOS GÓMEZ GIL

quier otra forma, con tal de escapar de un continente sin futuro, porque no es sólo pobreza lo que empuja a los africanos a salir de sus países, es una ausencia completa de futuro para ellos y sus familias, es la carencia absoluta de derechos y libertades, es también su alejamiento de ese paraíso tecnológico y de consumo tan exuberante que la globalización ha construido en los países occidentales y que pueden ver en tiempo real a través de las parabólicas y los medios de comunicación. Cuando el presidente de Senegal pide pantanos a España, a cambio de aceptar repatriaciones de inmigrantes, se olvida que en un país como el suyo, los cuarenta ministros de su Gobierno tienen el doble del sueldo que un ministro en España, por ejemplo, al tiempo que se han creado carteras tan exóticas como el ministerio de «Ocio y calidad de vida»; por no hablar de una corrupción galopante que sangra al Estado, mientras la población sufre continuos cortes de electricidad porque el Gobierno no paga a la principal

empresa de electricidad del país.

De lo que no hay duda es que, desde todos los puntos de vista, lo que buscan en la migración quienes salen de sus países no lo encuentran en las políticas de desarrollo y cooperación tradicionales que se vienen proponiendo desde los países occidentales, y mucho menos en las políticas de sus propios países. Tenemos por tanto que empezar a comprender que emigrar es una decisión que pone de relieve no confiar en los dirigentes políticos, en los gobiernos y en la economía de un país, incapaz de garantizar la vida y el sustento de uno mismo y de sus allegados. Porque nadie emigra con la esperanza de empeorar su situación, sino que lo hace ante la perspectiva incierta de poder mejorar su bienestar y el de los suyos en otro lugar; y mientras esa percepción no cambie de forma sustancial en África mediante hechos constatables, poco se podrá hacer para detener las migraciones, algo que no acabamos de comprender bien en Occidente. Y para que cambie esta percepción se necesita que, de una vez por todas, la comunidad internacional se decida a promover una actuación amplia, ambiciosa y absolutamente urgente sobre todo el continente y sus gentes, algo que vaya más allá del socorro de emer-

gencia ante catástrofes y hambrunas, que supere la escala de los microproyectos y que huya de la tentación de considerar el continente como un simple mercado. No pocos responsables públicos, cuando sentencian con rotundidad ante los medios de comunicación que la solución a las migraciones masivas de africanos pasa por la cooperación para el desarrollo, desconocen en profundidad el verdadero papel y el funcionamiento que han tenido estas intervenciones en las últimas décadas, el inmenso daño que han hecho en África y el destino real de las mismas. Pero también ignoran la dimensión real de la escasa ayuda al desarrollo que los países donantes venimos haciendo en África, la construcción de unas reglas económicas y comerciales que no hacen sino empobrecer irremediablemente a sus habitantes, al tiempo que nos desentendemos de conflictos y guerras que se eternizan, y que en no pocos casos hemos alimentado.

Así las cosas, las oleadas de inmigrantes que llegan hasta Canarias no son únicamente un problema de España, sino que exigen una acción firme y efectiva de toda la Unión Europea y de la propia comunidad internacional para que de

una vez por todas se entienda el significado real de esas avalanchas de inmigrantes; los problemas globales exigen de soluciones globales. Pero mientras tanto, la crisis de los cayucos exige de una solidaridad real, en lugar de una politiquería barata como la que algunos políticos están haciendo con un oportunismo insolente, al negar tanto la asistencia a los propios inmigrantes que llegan hasta la península como la solidaridad hacia el pueblo canario, con argumentos que ofenden el sentido común y alimentan una vez más una xenofobia irresponsable. Por tanto, podemos preguntarnos si estamos comprendiendo adecuadamente el significado de esas oleadas de personas que llegan exhaustas hasta nuestras costas; si la comunidad internacional y las instituciones internacionales están actuando correctamente para evitar que este éxodo de desesperación se produzca o por el contrario, alimentan con la gasolina de su irresponsabilidad la velocidad de estas migraciones; si nuestros responsables políticos están haciendo verdadera pedagogía social para explicar a los ciudadanos la extrema gravedad que atraviesa África en su conjunto, y en especial África Subsahariana. Lamentablemente la respuesta a estas preguntas no es precisamente positiva. □

Carlos Gómez Gil es director del Observatorio Permanente de la Inmigración.